

WORLD
WARCRAFT
MISTS of PANDARIA

BLIZZARD ENTERTAINMENT

Diario de Viaje de Li Li



La vida es una aventura.

Eso fue lo que mi tío Chen me escribió en una carta alguna vez. Un sabio consejo, pero mi pa, Chon Po, no piensa así. Dice que me la paso soñando con el mundo exterior y que ignoro la belleza y las maravillas de la Isla Errante. No tiene idea de lo equivocado que está, *adoro* el sitio de donde provengo.

Y tal es el punto de este diario. Considero que si algún día voy a ser una gran exploradora como el tío Chen, tengo que empezar a escribir acerca de mis propias aventuras; así como él hace. ¿Por qué no comenzar en casa? Quizá mi libro terminará en la Gran Biblioteca junto a las misivas del tío Chen o, mejor aún, algún día individuos de Ventormenta, Orgrimmar u otras tierras distantes leerán esto y aprenderán acerca de mi gente, nuestra cultura y de todo aquello que hace de este lugar algo tan increíble.

Antes que nada, una introducción. Nací en la Isla Errante, también conocida como Shen-zin Su, la Gran Tortuga. En la actualidad, muchos de los pandaren sólo se quedan sentados sin hacer nada, contando las mismas historias una y otra vez. Sin embargo, esto no siempre fue así. Nuestros ancestros llevaban la aventura en la sangre. Para ellos, cada día en la isla constituía la oportunidad de ver cosas nuevas y crear *nuevas* historias.

Mientras escribo, el tío Chen practica esta tradición en algún lugar del mundo, pero no es el único. La Senda del Viajero me ha llamado a mí también. ¡Es tiempo de responder a ella!

Mi nombre es Li Li Stormstout y ésta es la Isla Errante.



Entrada Uno: De Vuelta a lo Básico

Decidí explorar mi hogar a través de la Vía del Errante, una filosofía que el tío Chen ha descrito extensamente en sus misivas. Significa, en esencia, tomar cada viaje un paso a la vez, observar lo que te rodea, hablar con todos aquellos que te encuentres en el camino y absorber hasta el más pequeño detalle.

Luego de pensarlo un poco, empecé mi viaje por Shen-zin Su en el sitio donde escuché por primera vez la historia de la isla: el Puente del Amanecer. Esta enorme construcción de piedra se extiende entre enormes acantilados cerca de su parte central. Desde aquí es posible ver todo el Bosque Pei-Wu hacia el sur. ¡Es algo sobrecogedor!

Pero no vine a admirar el paisaje. Me dirigí a un pequeño salón de clases bajo el puente. Es en este lugar donde la mayoría de los cachorros aprenden sobre Liu Lang, el primer explorador pandaren (originalmente oí hablar de él en una carta de mi tío Chen). La acogedora habitación al aire libre estaba repleta de cachorros entusiastas que escuchaban a un par de Historiadores Andantes narrar la historia de Liu Lang. Tomé asiento y cerré los ojos, intentando imaginar que la escuchaba por primera vez.

¡La historia de Liu Lang me hizo sentir como si cualquier cosa fuese posible! Inspirada, emprendí la marcha hacia el Templo de los Cinco Amaneceres, una torre fulgurante en el corazón de la isla. Entrar a la gigantesca edificación es como viajar a un mundo distinto. La lluvia escurría del techo, una suave brisa sacudía mi ropa y, aunque afuera hacía mucho frío, el aire era tan cálido como si se tratara de un día de verano.

Los Historiadores Andantes dicen que conforme crecía Shen-zin Su, el templo también, como si fuera una parte de la Gran Tortuga. Es un lugar sagrado, y con mucha razón, pues es el hogar de cuatro espíritus ancestrales de esta tierra: Shu (agua), Wugou (tierra), Huo (fuego) y Dafeng (aire). Mientras se encuentren sanos y salvos, el clima permanece tranquilo y las estaciones transcurren como deben.

El templo se encuentra lleno de sabios proverbios y artefactos extraños, pero lo que me pareció más interesante fue la estatua de Liu Lang en el primer piso. Mientras la admiraba, pensé en todas las cosas increíbles que logró. ¡Tomó valor hacer lo que hizo! La aventura debió seguirle en cada paso que daba, incluso cuando estaba en casa.

Me topé con el maestro Shang Xi mientras me retiraba. Es alguien importante en estos lugares, un pandaren muy noble y valeroso que comparte su conocimiento con jóvenes y viejos. No puedo contar cuantas veces me he metido en líos con Shang, pero siempre ha sido bastante comprensivo (salvo aquella vez que preparé su té con agua de zorrillo de las pozas malditas). Pero bueno, él estaba de buen humor así que le hice algunas preguntas que me inquietaban: ¿qué haría Liu Lang si estuviera aquí? ¿Dónde hallaría aventuras en la isla?

—¿Por qué no le preguntas? —Respondió el maestro Xi, señalando la estatua.

No lo había pensado, así que lo intenté. En *realidad* no esperaba una respuesta.

¡Pero obtuve una!

El espíritu Shu debió haber estado a la escucha y saltó sobre el hombro de Liu Lang. Desde ahí lanzó una gota de agua grande que se esparció al entrar en contacto con el suelo. Poco después, el charco se *movió* y se deslizó hasta la entrada del templo como si estuviera vivo, luego rebotó por la larga Escalinata Alborea que se extendía afuera.

La seguí tan rápido como pude hasta que llegué al extenso valle al norte del templo. Nunca le pregunté al agua a donde iba, puesto que eso habría arruinado la sorpresa. Al igual que Chen, ¡tomaba el viaje un paso a la vez!



全

竹葉耳牛三

Entrada Dos: El Dilema del Amanecer

¡Mi viaje por la Isla Errante continuó en el Valle del Amanecer!

Perseguí a la gota de agua creada por Shu a través de verdes colinas y frondosas arboledas. Iba siempre un paso adelante de mí, pero no me importó. El valle era hermoso en esa época del año y estaba repleto de plantas y animales fascinantes como los bribonzuelos hoja ambarina, escurridizos duendecillos del bosque que adoran las bromas y las travesuras; siempre me han caído bien. Sin embargo, lo que más me gusta de esa parte de la isla son los árboles puhzu de color rojo intenso. Tienen algo mágico. Sus pétalos conservan el color durante meses, aún después de que los cortas.

Los Historiadores Andantes dicen que Liu Lang plantó diversos árboles jóvenes y semillas por toda la isla hace muchos años. ¿Significa esto que existen los mismos tipos de plantas y flores en Pandaria? De ser así, quizá la gente de ahí utiliza los pétalos de puhzu para medicinas y decoraciones festivas como nosotros.

En fin, le perdí el rastro al agua de Shu en alguna parte de la Aldea Wu-Song, al norte del Valle del Amanecer. ¡Para colmo, nadie del asentamiento la vio pasar! ¿Cómo es posible que no veas una gota de agua viviente danzando por tus calles? Supongo que no puedo culpar a los aldeanos, parecían estar ocupados haciendo los quehaceres y practicando artes marciales. Muchos de los mejores monjes de la isla nacen y crecen en Wu-Song. Esto se debe, en parte, a la cercanía de los Campos de Entrenamiento Shang Xi.

Dichos campos se encuentran encima de una gran colina, justo al este de la aldea. Día con día, los sonidos de puños desnudos y armas chocando contra muñecos de entrenamiento hacen eco por el valle. Conforme me aproximaba, vi a dos de los pandaren más sabios del lugar: Aysa Canción Etérea, maestra de la vía de pensamiento Tushui, y Ji Zarpa Ígnea, maestro de la vía Huojin.

Ambas filosofías son bastante populares, pero cada una tiene su propio matiz. Tushui enseña, por sobre todas las cosas, que debes defender lo que es correcto. Sólo existe un camino adecuado en la vida y *siempre* hay que seguirlo. Por otra zarpa, Huojin se concentra en la pasión y la acción directa. Los estudiantes de esta escuela consideran que, mientras actúen por el bien común, pueden ser más flexibles al momento de resolver algún problema.

Como seguidora de la Vía del Errante, no pude dejar pasar la rara oportunidad de hablar con Aysa y Ji, así que pregunté qué debería hacer para encontrar la gota de agua.

—Siéntate, observa y espera, pequeña. —Dijo Aysa. —Shu es un ser ancestral y no siempre responderá a tu llamado. Si su agua desea *encontrarte*, eventualmente lo hará.

El método de Ji era un poco distinto. —Hallarás el agua sólo si eres minuciosa, pequeña Stormstout. Busca en cada árbol y ribera, ¡no dejes piedra sin voltear!

Terminé probando ambas maneras. Primero tomé asiento frente al estanque de Fu, un área tranquila al sur del campo de entrenamiento. Permanecí ahí, meditando durante lo que me parecieron horas, pero la gota de agua de Shu nunca hizo acto de presencia. Luego puse en práctica el consejo de Ji y me di a la tarea de buscar en todo arbusto que encontré.

Después de regresar al Templo de los Cinco Amaneceres me topé con un conductor de carretas llamado Lun y con su enorme yak. Acababa de entregar provisiones al templo y se preparaba para regresar a la Granja Dai-Lo. Esa parte de la isla parecía ser tan buena como cualquier otra para ir de visita, así que convencí a Lun de que me llevara con él.

Sin embargo, presentí que andaba de mal humor. Tenía una mirada amarga, del tipo que pondrías al morder un bollo de frijoles dulces y descubrir que alguien lo rellenó con queso de yak rancio (sí, me ha pasado). Después de algunas preguntas, obtuve la verdad.

¡Ladrones hozen saquearon su almacén de comida!

Me sentí mal por Lun pero, para ser honesta, me encontraba bastante emocionada. Explorar Dai-Lo era una cosa. Explorarla e investigar un robo perpetrado por hozen era como un sueño hecho realidad.

¡La siguiente etapa de mi viaje se estaba tornando en una gran aventura!



Entrada Tres: Para Pescar un Hozen

¡Después de mi retozo por el Valle del Amanecer, fui a la Granja Dai-Lo!

Este hermoso lugar constituye la canasta del pan de la Isla Errante y leí en la Gran Biblioteca que la tierra de la región es la más fértil del mundo. Dai-Lo es una pequeña comunidad agrícola cerca del Labrantío, una serie de extensas y serpenteantes parcelas de tierra arada; repletas de calabazas, zanahorias y otras delicias.

Toda esa comida madura en campo abierto hace de esta zona un jugoso objetivo de fastidiosas pestes como los virmen. Esas peludas criaturas devoran cualquier cosa que puedan agarrar, pero particularmente adoran los vegetales.

No obstante, los virmen son sólo uno de los problemas de la granja. Rumbo a Dai-Lo, Lun, el conductor de la carreta, me contó sobre un grupo de ladrones hozen que se metieron a la aldea a hurtadillas y sustrajeron algunos sacos de arroz y vegetales. Por lo general, los tenaces monos permanecían en la Aldea Fe-Fang en la parte noroeste de la isla. Sin embargo, de cuando en cuando se aparecen para causar problemas.

No me malentiendas, me agradan los hozen. Su cultura y costumbres son interesantes y están locos de un modo divertido y adorable. El problema es que se alocan en *exceso* con frecuencia.

Me sorprendió enterarme de que nadie intentaba hallar a los ladrones. Supongo que con los virmen merodeando, los granjeros de Dai-Lo no consideraban que perder unos cuantos sacos de comida fuera algo importante. A mi parecer, si los granjeros permitían que los hozen se llevaran parte de la cosecha, las bolas de pelo seguirían haciéndolo. Se estaban robando *nuestra* comida. ¡No iba a quedarme de brazos cruzados y permitir que se salieran con la suya!

Lun dijo que vieron a los hozen caminando por los bosques situados al norte del Labrantío, en dirección a una zona conocida como las Pozas Cantarinas. No me tomó mucho tiempo encontrar un camino de trozos masticados de zanahoria y cabezas de brócoli (supongo que hasta los hozen lo odian). Seguí el rastro hasta los apartados bosques esmeralda que rodean las pozas.

Siempre disfruté visitar las pozas, son serenas y están llenas de magia. Pasé mucho tiempo ahí, balanceándome sobre estrechos postes de madera que surgen del agua. Esas sesiones de entrenamiento son muy emocionantes porque no sólo te mojas al caer, las aguas tienen algo más.

Con los años, muchos animales han perecido en las pozas y sus espíritus se han fusionado con las aguas encantadas. Si te mojas... ¡BAM! En un instante eres una rana saltarina o una tortuga que se abre paso entre el fango. Incluso hay una poza insuflada con espíritus de zorrillo. Una vez que esa maldición se disipa, ¡apestarás durante días!

Exploré la zona con tranquilidad, mirando a los cachorros saltar de poste en poste bajo la guía de un pandaren llamado Strongbo; un enorme individuo de pocas palabras que ha sido uno de mis maestros por años ya. Tiene buen corazón, pero estar cerca de él es tan divertido como una cubeta llena de cebo de pesca de una semana de viejo. Siempre es “*no hagas eso!*” con Strongbo... igualito a mi pa. Son diametralmente opuestos a mi tío Chen.

Strongbo me vió mientras caminaba junto a los estanques y me lanzó una mirada hosca. Seguro pensaba que iba en busca de problemas (y tenía razón, por supuesto). Por suerte estaba demasiado ocupado con la enseñanza de los cachorros como para molestarme.

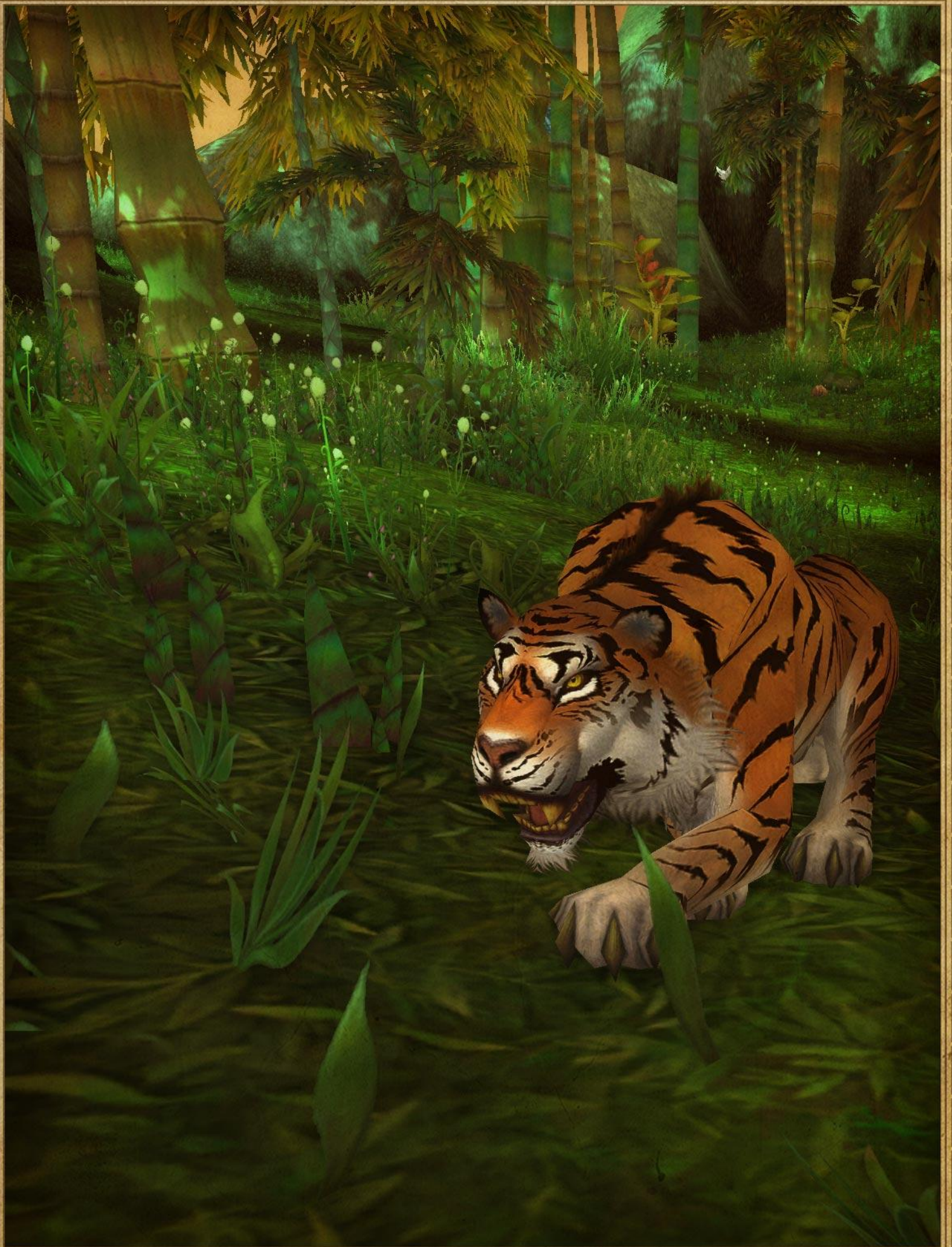
Finalmente hallé a los ladrones hozen, cinco de ellos para ser exactos. Estaban cerca de la orilla de la poza del zorrillo, empujándose unos a otros. Cada que uno de ellos caía y se transformaba brevemente, el resto comenzaba a dar saltos, gritos y aullidos como si se tratara de una noche al dos por uno en la Cervecería Ki-Han.

Encontré lo que quedaba de los sacos de arroz y vegetales en una colina cercana, oculto detrás de un árbol. Los hozen estaban tan ocupados con su juego que no se dieron cuenta de que me aproximaba en silencio al lugar para examinar los bienes. Me acerqué más y más hasta que la comida estuvo a mi alcance y... ¡un par de peludos bebés hozen salieron de atrás de las bolsas!

Nunca esperé que los ladrones fueran una *familia*. Deben haberse llevado la comida para alimentar a sus pequeños y no tuve corazón para quitárselas. Sin embargo, aún podía desquitarme. Lancé una de las calabazas robadas contra el hozen más cercano al estanque y luego me adentré corriendo en el bosque. A juzgar por el gran chapuzón que siguió, supuse que derribé a más de uno. Es muy posible que la transformación en zorrillo les conceda un mejor aroma que el que despiden en su forma natural.

Camino de vuelta a la granja decidí cual sería mi siguiente parada: el Bosque Pei-Wu, una densa y terrorífica extensión de tierra salvaje cerca de Dai-Lo. Esto iba más allá de simple exploración pues, cuando pequeña, entré a escondidas a Pei-Wu varias veces. Sin embargo, siempre corría de regreso a casa al cabo de unos pasos, muy asustada como para continuar.

Bueno, era tiempo de enfrentar mis temores. Recopilé provisiones en Dai-Lo y emprendí la marcha hacia el Bosque Pei-Wu, ¡el sitio más peligroso y prohibido de toda la Isla Errante!



Entrada Cuatro: El Bosque Prohibido

Bien abastecida de provisiones de la Granja Dai-Lo, me preparé para viajar a la zona más mortífera de la Isla Errante: ¡el bosque Pei-Wu!

Ese sitio es peligroso —prohibido para todos los pandaren— y sabía que entrar a escondidas sería difícil. Colinas y escarpadas montañas rocosas rodean el denso bosque de bambú; el único camino que conduce al interior está bloqueado por dos enormes puertas. Estas resistentes barreras se encuentran en las afueras de la Aldea Mandori, donde he pasado toda mi vida. Quizá suena conveniente, pero siempre hay pandaren en la zona. Es difícil saltar las murallas sin que nadie se dé cuenta.

Para colmo de males, vi a Strongbo mientras buscaba un sitio apartado con el fin de escalar la primera puerta. ¿Por qué deambulaba por la aldea justo hoy? Me preguntó qué hacía en las Pozas Cantarinas y le respondí “viviendo la belleza y el esplendor de la isla que es nuestro hogar”. ¡No mentí!

Como de costumbre, Strongbo sólo entrecerró los ojos y frunció el ceño (me pregunto si sabe lo mucho que se parece a los arrugados sapos lomo musgoso cada vez que hace eso). Ya que Bo estaba metiendo su gruesa nariz donde no debía, regresé a casa a descansar hasta que la costa estuviera libre. Antes del amanecer me escurrí por las silenciosas calles vacías y escalé las dos enormes puertas con una cuerda de pelo de yak que conseguí en Dai-Lo.

El sol pronto se asomó por el horizonte, pero la gruesa bóveda de Pei-Wu bloqueaba casi toda la luz. La niebla permanecía cerca del suelo y eso hacía mucho más difícil ver hacia donde iba. Escuchaba sonidos a mi alrededor... multitud de ellos. La región es bien conocida por su abundancia de alimañas, pero sólo una infunde temor en el corazón de todo pandaren: el feroz tigre Pei-Wu.

Y uno de ellos estaba *cazándome*. Sin importar hacia donde caminara, me seguían pasos pesados a cierta distancia. Si me detenía, se detenían. Si me movía, se movían. De súbito, la bestia cargó contra mi, bufando y gruñendo. Adopté la postura del buey resistente para defenderme y una figura gigante surgió de entre la niebla.

¡Era *Strongbo*!

¿Por qué no podía dedicarse a lo suyo? Sin decir palabra, Bo me llevó de vuelta a casa. Una vez ahí, despertó a pa y le dijo que me había ido a escondidas al bosque prohibido. Pa me gritoneó durante una hora antes de calmarse. Decidió que mi castigo sería sufrir una semana entera de entrenamiento en las Pozas Cantarinas... bajo la supervisión de Bo.

Intenté explicarle a pa lo que he estado haciendo: explorando la Gran Tortuga y escribiendo acerca de lo maravilloso que es el viaje. Pensé que se alegraría, pero no pareció entender; ni tampoco importarle.

Pa dijo que mi castigo comenzaría el día siguiente, lo que significaba que tenía tiempo para visitar un lugar más. Aún enojada por lo acaecido, caminé hacia el oeste hasta que llegué a una vereda larga y sinuosa que conducía hasta el Bosque de los Bastones, sitio de reposo de los viejos pandaren de la Isla Errante. El Guardián de los Ancestros, un masivo león de piedra, protege la entrada. Ese poderoso ser no te dejará pasar a menos que le derrotes en combate uno a uno (fui uno de los pandaren más jóvenes en pasar la prueba).

Hace muchos años, cuando aún se encontraba en la Gran Tortuga, el tío Chen me dijo que visitaba esta parte de la isla en busca de inspiración. En ese entonces no comprendí la razón, mas ahora sí. Aquí hay magia. Al traer a alguien a este sitio para su eterno descanso, se planta su bastón en la tierra y éste se transforma eventualmente en un increíble árbol. Bueno, al cabo de muchas generaciones ha crecido un bosque entero; la totalidad de la historia de los grandes pandaren de la isla.

Incluso mi familia tiene un lugar ahí... pero preferiría no escribir acerca de ello pues no lo visité en este viaje. Después de mi discusión con pa, lo último que necesitaba era sentirme peor.

Mientras caminaba por uno de los matorrales más densos del área me topé con el anciano Shaopai, quien encendía incienso en el altar de su familia. Él es un pandaren increíblemente sabio que vive en la Aldea Brisa Matinal. Shaopai ha pasado toda su vida escribiendo palabras de sabiduría para beneficio de generaciones futuras.

Shaopai caminó a mi lado por un rato breve, señalando árboles y mencionando a quien remembraban. Antes de partir hacia su aldea, dijo “noto que tienes la mente repleta, pequeña Stormstout. No me corresponde preguntar sobre asuntos personales, pero toma esto”. El anciano me extendió un objeto liso y redondo, poco más grande que mi zarpa. Una piedra de preocupación. “Cuando la vida pese en tus hombros, la piedra puede aligerar la carga. Su magia es muy poderosa.”

Siempre pensé que las piedras de preocupación eran amuletos inútiles pero, si un genio como Shaopai creía que funcionaban, era suficiente para mí.

Cuando salí por fin del bosque, un sentimiento extraño se apoderó de mí y no he podido sacudírmelo. Estaba agradecida por el obsequio de Shaopai y por haber podido visitar tantos lugares fantásticos de la isla, pero quería *más*. La Isla Errante es una hermosa tierra mágica, repleta de historia y maravillas. Para mí, no obstante, es el hogar; lo he visto todo. Mientras tanto, allá afuera existe un mundo que espera ser explorado y temo que jamás voy a vivirlo.

Pasé el resto del día en la Gran Biblioteca, leyendo las cartas de mi tío Chen una vez más. Lo extraño. Mi pa dice que probablemente murió en una de sus “locas” aventuras, pero no lo creo. Sé que él está allá afuera en algún sitio y que un día va a regresar.

Hasta entonces, lo único que puedo hacer es mantener viva la Vía del Errante aquí en la Gran Tortuga. El tío Chen estaría orgulloso de ello... mis ancestros estarían orgullosos de ello. ¡Así es como se pretendía que viviéramos! Como dijo Liu Lang en cierta ocasión “todo horizonte es un cofre de tesoro y todo mapa en blanco es una historia que espera ser contada”.

Ojalá mi pa pudiera entender eso. Sin importar lo que él diga, un día he de dejar mi marca en el mundo.

Y cuando eso suceda, quizá el tío Chen estará a mi lado.



Entrada Cinco: El Bosque de Jade

Ha ocurrido mucho desde la última vez que escribí en este diario. Primero, el tío Chen por fin regresó a la Isla Errante, a casa, (gracias a *mi* ayuda). Poco después, viajamos a las fronteras lejanas del mundo en busca de Pandaria, el continente legendario. Muchos de los habitantes de la Gran Tortuga creían que ese lugar fue destruido hace mucho tiempo por la guerra o la enfermedad.

Pues, estaban *equivocados*.

Después de luchar contra piratas, sobrevivir una tormenta en alta mar, y superar todo tipo de peligros, el tío Chen y yo logramos lo imposible: ¡encontramos Pandaria, la tierra natal perdida de nuestros ancestros!

Sin embargo, nuestra llegada no se dio exactamente como planeamos. La Perla de Pandaria, un artefacto místico que me concedió visiones útiles para encontrar nuestro destino, fungió como nuestra guía. Solo desearía que esa perla estúpida nos hubiese avisado de lo peligroso que sería nuestro viaje.

Lo importante es que llegamos a Pandaria en una sola pieza. Recalamos cerca del Bosque de Jade, una región que se extendía a través de la costa oeste del continente. Aquí la vegetación era verde hasta donde alcanzaba la vista, con espesuras de bambú repletas de criaturas y plantas extrañas.

La carencia de un mapa no era problema. Después de examinar nuestros alrededores, escogimos una dirección al azar y comenzamos nuestro viaje como lo haría cualquier seguidor verdadero de la Vía del Errante: un paso a la vez.

No pasó mucho tiempo antes de que los nativos nos dieran la bienvenida. Gran cantidad de hombres lagarto con ojos cual perlas (más adelante aprendí que se llamaban saurok)

surgieron del bosque. Hedían a cuero antiguo, remojado en cerveza pasada que posteriormente fue almacenado en un barril de paté de pescado fermentado de la abuela Mei. Esa era su mejor característica.

Despachamos rápidamente a esos caras de cuero (bueno, quizá Chen hizo la mayor parte del trabajo). El líder, un saurok enorme cubierto de cicatrices, pintura de guerra y más cicatrices, fue el único que nos causó problemas. No transcurrió mucho tiempo antes de que este terminara huyendo a través del bosque, chillando como un bebe.

No muy lejos, encontramos el rascuache campamento saurok, repleto de lo que parecía ser botín: carretas de grano, vegetales y grandes pedazos de jade puro. Mientras examinábamos nuestro hallazgo, un grupo de pandaren emergió lentamente del follaje. ¡Al percatarse de la ausencia de los saurok, se inclinaron y nos alabaron como si fuéramos héroes! Parece que los cara de cuero aterrorizaban el área y nadie había podido derrotarlos.

Cuando tío Chen les dijo que proveníamos de la Isla Errante, nuestros nuevos admiradores se asombraron. Como no habían visto a la Gran Tortuga en siglos, la gente de Pandaria creía que ya no existía. La similitud entre estos pandaren del Bosque de Jade y los de mi hogar me sorprendió. Aparte de pequeños detalles, como la vestimenta, no habían cambiado mucho a través de las generaciones.

Al enterarse de que éramos exploradores, nos hablaron del bosque y de uno de sus lugares más importantes: el Templo del Dragón de Jade. Además de ser un monumento dedicado a Shaohao, el legendario emperador pandaren, dicho templo estaba vinculado a Yu'lon, el Dragón de Jade, uno de los cuatro seres celestiales que vigilaban Pandaria.

Nos acercamos al templo, donde varios obreros esculpían una enorme estatua de jade llamada el Corazón del Dragón. Cada siglo, Yu'lon transfería su esencia vital a la escultura, dando origen a una entidad nueva. La creación de estatuas para que Yu'lon pudiese renacer era un ciclo que se había

repetido por generaciones y aquellos saurok pusieron todo eso en peligro al robarle el jade a los trabajadores.

Uno de los vigilantes del templo, el Sabio Anciano Rain-Zhu, tuvo la amabilidad de mostrarnos la zona circundante. Nos llevó hacia el Arboreto al norte, un lugar hermoso que constituía el hogar de la Orden del Dragón Nimbo. A este valeroso grupo le precedía una larga historia de domado, cría, y equitación de las majestuosas bestias voladoras que ví surcar los cielos sobre el templo.

Rain-Zhu nos dijo que nos concedería *cualquier* cosa a modo de agradecimiento por haber derrotado a los saurok y devuelto el jade. Mi primera reacción fue pedir un dragón nimbo (los críos eran adorables), pero tío Chen lo consideró excesivo. Me contenté con la segunda mejor opción: ¡un viaje en un dragón nimbo!

Bueno, yo había volado antes en grullas gigantes, y hasta en un zepelín de manufactura goblin, pero este dragón nimbo era algo único. Se elevó hacia el cielo más rápido que cualquier otra cosa que yo haya visto. Desde tal altura me fue posible ver claramente lo que había más allá del Bosque de Jade. Hacia el oeste: Llanuras y granjas. Hacia el noroeste: montañas de altura imposible con cimas cubiertas de nieve. Pandaria era *enorme* y había mucho por descubrir. Caí en la cuenta de que estaba explorando un continente entero, el cual ningún pandaren de la Isla Errante había visto por generaciones.

Antes de viajar hacia otras regiones del bosque, decidimos obsequiarle la Perla de Pandaria a Rain-Zhu. Nos había tratado como familia y al ver que los pandaren veneraban el templo como fuente de sabiduría y enseñanza, no consideramos que existiera mejor hogar para la perla. Aunque fue difícil renunciar a ella, ya nos había traído a Pandaria. Era tiempo de que la perla guiara a otro a su destino.

Durante las semanas siguientes, caminamos... y caminamos... y caminamos. Viajamos a través de recónditos sagrarios pandaren aislados, ruinas ancestrales cubiertas de enredaderas y monasterios ocultos en los picos de las montañas. El Bosque de Jade parecía

extenderse eternamente y cada esquina nos guiaba hacia algo nuevo y emocionante. El hecho de que mi tío se movía tan rápido como un caracol, deteniéndose cada par de minutos para sentarse y “disfrutar del paisaje”, era mi único problema.

Finalmente, llegamos a la frontera del Bosque de Jade. Adelante nos esperaban las tierras de cultivo que vi durante mi viaje en el dragón nimbo: el Valle de los Cuatro Vientos. Para este momento tenía deseos de explorar cualquier cosa que no fuera un bosque, pero no me encontraba preparada para lo que vendría en la siguiente escala de nuestro viaje.

¡Descubriríamos algo que cambiaría nuestra percepción de la familia Stormstout para siempre!



Entrada Seis: Valle de los Cuatro Vientos

Durante las semanas que tío Chen y yo explorábamos el Bosque de Jade, empecé a sentirme como una extranjera sin vínculo real a Pandaria. Ciertamente, mis ancestros provenían de estas tierras, pero eso fue hace generaciones. Aunque me encontré con algunos hozen (aún *más grandes y dementes* que los de mi tierra), la mayor parte del continente era ajeno a lo que conocía.

Bueno, todo eso fue antes de llegar al Valle de los Cuatro Vientos. Era un hogar lejos de casa, salvo con proporciones *mucho* mayores. Conocido como la canasta de pan de Pandaria, el valle estaba cubierto de tierras de cultivo que hacían ver al Labrantío de la Isla Errante como un jardín pequeño. Apuesto a que una sola cosecha en este valle podría alimentar a todos los pandaren en la Aldea Mandori, incluyendo un gordo como el tío Chen, de por vida.

Desde las rugientes cascadas Huangtze hasta las mágicas Pozas de Pureza, podría rellenar este diario con las maravillas que vi en el valle. Sin embargo, lo que me cautivó no fue lo *nuevo*, sino lo *conocido* que nunca esperaba hallar en un sitio tan lejano de mi hogar.

Los descubrimientos empezaron mientras tío Chen y yo explorábamos el valle en compañía de viajeros como nosotros, héroes de otras tierras de Azeroth. Mi tío me contó que se había topado con miembros de la Horda y de la Alianza unas semanas atrás (mientras yo dormía). Resultó que ambas facciones recalaban en el Bosque de Jade y provocaron todo tipo de problemas, arrastrando a algunos de los nativos, como los hozen y los jinyu — una suerte de hombres pescado—, a su conflicto. Por suerte el tío Chen y yo íbamos saliendo del bosque cuando todo eso ocurrió.

Poco después de que entramos al valle conocimos a Mudmug, un amigable pandaren que fermentaba su propia cerveza con agua fangosa. Era un poco extraño, pero me caía bien. De la nada, nos contó sobre una Cervecería Stormstout cercana. No lo podíamos creer.

¡Teníamos primos de carne y hueso en Pandaria y una cervecería! Gracias a estas noticias, Chen se movió a más de un paso cada hora por primera vez en semanas.

Desafortunadamente, la cervecería era un desastre. Las bodegas de grano y arroz estaban infestadas por Virmen (semejantes a los de la Isla Errante) y los hozen enloquecidos se habían adueñado de partes del edificio. ¡Para agregar sal a la llaga, tío Gao, el Stormstout a cargo de la cervecería, no quería nuestra ayuda! Chen y yo no dejaríamos que un pariente cascarrabias arruinara el mayor descubrimiento histórico de nuestra familia.

Eventualmente nos deshicimos de las plagas en la cervecería (algo imposible sin la ayuda de nuestros héroes del extranjero). Una vez que tomamos el control, Gao se sinceró conmigo y con mi tío Chen. Usualmente, muchos otros Stormstout vivían y trabajaban en la cervecería, pero todos viajaron al oeste para luchar contra una raza ancestral de insectiles conocidos como los Mántidos. Gao permaneció como vigilante de la cervecería. Me imagino que sentía mucha presión para mantener la dignidad del nombre familiar, pues sus esfuerzos resultaron en fermentaciones inestables, del tipo que cobra vida y trata de matarte.

Aunque Gao no tenía idea cuándo regresarían los otros Stormstout, nos habló de ellos y de los inicios de nuestra historia familiar en el valle. Justo afuera de la cervecería, nos mostró un antiguo altar dedicado a la viuda Mab Stormstout y a su hijo, Liao. Mi papá ya me había contado esta historia. Luego de que el esposo de Mab murió a causa de un trágico accidente prensando uvas, ella se llevó a Liao a la Isla Errante para comenzar una nueva vida.

Además de la familia Stormstout, existían vínculos aún mayores entre el valle y mi hogar. Gao decía que Liu Lang, el fundador de la Isla Errante, nació y creció cerca de la cervecería. ¡Imagínate eso! Su lugar de nacimiento se encontraba en el borde oeste del valle, alrededor de un poblado llamado Villarroca.

Cada día aprendía cosas nuevas sobre la región y mis familiares distantes. Todo marchaba bien, hasta que de repente llegaron malas noticias...

Un evento *importante* estaba ocurriendo al oeste, en una muralla colosal conocida como el Espinazo del Dragón. Hace muchos años, los mogu, brutos gigantes que dominaron Pandaria hasta que mis ancestros les patearon el trasero, construyeron la barrera para protegerse de sus archienemigos, los mántidos. Ahora los pandaren vigilaban el Espinazo del Dragón, pero los insectos esos recientemente penetraron sus defensas y procedieron a invadir el asentamiento más cercano: Villarroca.

Tío Chen y yo nos unimos a un enorme grupo de pandaren que se reunieron en Villarroca con la finalidad de expulsar a los invasores. Barrimos el suelo con los mántidos, pero sospechaba que éste era el primero de muchos ataques. Entre los habitantes corrían rumores de que había otra fuerza detrás de la agresión de los mántidos, un poder oscuro y misterioso conocido como el sha. Imaginar que tal mal existía en Pandaria me provocó escalofríos.

La situación se calmó después del conflicto. Tío Chen y tío Gao permanecieron en la cervecería durante días, discutiendo recetas y probando nuevas fermentaciones. Eso me agradaba. Chen me traía aflojando el paso desde que llegamos a Pandaria. Tenía ansias de explorar por mi cuenta y conocía el lugar perfecto para visitar: la Espesura Krasarang. Fue ahí donde Liu Lang partió de Pandaria encima de Shen-zin Su, la tortuga marina que crecería hasta convertirse en la Isla Errante.

Me enteré de la existencia de la Espesura Krasarang gracias a uno de los agricultores del valle. Cuando me advirtió que era un lugar extremadamente peligroso, me dieron aún más ganas de ir. Recogí algunas provisiones y le escribí una nota a mi tío con los detalles de la excursión. Consideré que regresaría antes de que Chen se diera cuenta de mi partida, pues él tenía la nariz bien metida en sacos de cebada y lúpulo.

Finalmente me encontraba libre para trazar mi propio camino. ¡Siguiendo parada: la
Espesura Krasarang y el lugar de nacimiento de la Isla Errante!



Entrada Siete: La Espesura Krasarang

Aun sin la ayuda de tío Chen, encontrar la Espesura Krasarang fue fácil, sin embargo, cruzar el tenebroso pantano costero fue un desafío. El dosel forestal obstruía el sol y obtener un sentido de dirección se me hacía difícil. Cuando no me encontraba tropezándome sobre raíces retorcidas, me atascaba en las estúpidas enredaderas que colgaban de los árboles. La vida salvaje era otro asunto: saurok, avispas sisadoras gigantes y otras alimañas furiosas merodeaban por todas partes.

¡Era tan emocionante como esperaba!

Me preocupaba que no encontrara el sitio en donde Liu Lang partió a espaldas de Shen-zin Su. Luego de días de búsqueda por la espesura sin resultados, me crucé con el primer pandaren que había visto en largo rato, un pescador llamado Ryshan. El acababa de realizar una entrega de pescados a la Atalaya de Zhu, un puesto situado en el noroeste de Krasarang, construido para prevenir que malvados como los saurok ataquen a viajeros de camino a la costa.

Las amistades parecen ser una rareza en Krasarang; Ryshan apenas me conocía y me trató como familia. Cuando le expliqué mi razón por estar en la espesura, me contó que el sitio donde Liu Lang partió de Pandaria, se encontraba cerca de su aldea, el Muelle de los Pescadores. Fue tan amable como para invitarme a su campamento para abastecerme de suministros antes de mi salida. ¡Finalmente, mi suerte había regresado!

De camino a la aldea, Ryshan me contó la historia de Krasarang. Pocos pandaren viajaban a través de estos bosques. “Solamente pescadores y enloquecidos, si existe alguna diferencia”, dijo orgullosamente. Atravesamos ruinas antiguas, las cuales de acuerdo con Ryshan le pertenecían a los mogu en el pasado. Antes de que su imperio cayera, algunos de estos brutos gigantescos vivieron en Krasarang. Recientemente, los mogu habían regresado

a reclamar sus antiguos territorios, pero héroes como los que nos ayudaron a mí y a tío Chen los detuvieron.

Se acercaba el anochecer cuando nos acercamos al Muelle de los Pescadores. La pequeña aldea destartada fue construida junto a la costa de Krasarang, lo que significaba que tuvimos que llegar allí en barco. ¿No era gran cosa, verdad? Bueno, luego de que comenzamos a navegar, el pescador se levantó y comenzó a gritar horrorizado, blandiendo los remos del barco por el aire. ¿Qué podría agitar a un pescador valiente como él? ¿Crocoliscos? ¿Saurok? Temía por mi vida hasta que vi lo que lo atemorizaba: un bandipache.

Estas pequeñas criaturas peludas eran ladrones maestros, y les *encantaba* comer pescado. En otras palabras, eran la ruina de los pescadores. El bandipache en nuestro bote era feroz. No retrocedió cuando Ryshan comenzó a chocar su remo en la cubierta del barco. La alimaña luchó, sisando y golpeando al pescador con sus garras.

Usualmente, los bandipaches permanecen en el Valle de los Cuatro Vientos, pero este había llegado muy lejos, hasta Krasarang. Calmé a Ryshan, prometiéndole que me encargaría del bandipache, asegurándole que esa bola peluda no tocaría nuestro pescado. Era lo menos que podía hacer. Pensándolo bien, este bandipache era un explorador como yo. De manera extraña, esta criatura me acordaba a mi hermano mayor, Shisai. Tal vez eran sus orejas peludas y su cara gorda. Tal vez era la manera en que recogía pequeños pedazos de comida pasada de su pelaje y los ingería, sin importarle lo asqueroso que se viera. No importa la razón, decidí nombrarlo igual que mi hermano. Era difícil de creer, pero Shisai me hacía falta. Bueno... solo un poco.

En el Muelle de los Pescadores, Ryshan y sus amistades cocinaron la pesca del día y me relataron sus mejores historias marítimas. Cuando mencioné que viajaba desde la Isla Errante, lo tomaron como un reto para ver quien tenía historias mejores, y fabricaron un cuento sobre un kraken infantil que pescaron hace años.

Solamente pescadores y enloquecidos. Sí. Precisamente.

Entre los temas más interesantes que discutieron los pescadores estaba el Templo de la Grulla Roja. Esta estructura masiva en el área central de Krasarang, fue construida en honor del celestial Chi-Ji, conocido como la Grulla Roja y el espíritu de esperanza. Hace poco, entes peligrosos se escaparon de las profundidades del templo de la Grulla Roja: *sha*. Estos males extraños luego fueron derrotados, pero no antes de que dejaran una sombra de desesperación a lo largo de la espesura.

Escuché de los sha por primera vez durante un ataque mántido en la aldea Villarroca en el Valle de los Cuatro Vientos. ¿Por qué surgieron repentinamente? ¿Ocurrió esto por *todo* Pandaria? Solo pensar en los sha me daba escalofríos. Fue muy difícil dormir esa noche.

La mañana siguiente, mientras me preparaba para continuar mi búsqueda por el lugar de nacimiento de la Isla Errante; ¡Un globo aerostático gigantesco aterrizó en el Muelle de los Pescadores! El piloto, un pandaren de tono dulce llamado Shin Whispercloud, llegó de la Cima Kun-Lai al norte para recoger un envío de pescados. Aparentemente el destino de su entrega era el Templo del Tigre Blanco, un lugar sagrado alto en las montañas. La pesca de Krasarang tiene que ser de las mejores en Pandaria. ¿Por cuál otra razón viajó tan lejos?

Mientras Shin platicaba sobre Kun-Lai, aumentaban mis deseos de viajar allí. Afirmó que estaba bienvenida a acompañarlo si ayudaba a cargar el pescado en el globo. ¿Cómo podía decir que no? Claro, no había encontrado el lugar en donde Liu Lang y la Gran Tortuga comenzaron su viaje por los mares, pero por lo menos conocía el área general en donde se encontraba. Tío Chen y yo podríamos regresar luego. ¿Pero cuando tendría otra oportunidad de ir a Kun-Lai? Con mi tío encerrado en la cervecería, podrían pasar semanas o hasta meses antes de que finalmente visitáramos los límites de Pandaria. Tal vez nunca lo haría. Me imaginaba al tío Chen sentado en la cervecería, bebiendo barriles y barriles de

cerveza y engordando hasta mayor tamaño que el globo de Shin; ¡Demasiado enorme para salir del edificio!

Había una sola cosa por hacer: me enrollé las mangas, aguante la respiración, y comencé a colocar los barriles de pescado en canastas que colgaban del globo. Es probable que había una pescadora verdadera una vez terminé mi trabajo, lo cual era un precio insignificante a cambio de un pasaje hacia un lugar tan misterioso y emocionante como Kun-Lai.

Luego de despedirme de los pescadores, coloqué a Shisai en mi bolsa de viajes y abordé el globo de Shin. Pronto después nos encontrábamos ascendiendo por encima de la Espesura Krasarang, más alto y más alto. El viento nos llevó hacia el norte, sobre el Bosque de Jade, y hacia las montañas majestuosas de Kun-Lai. A través de las suaves nubes blancas, comencé a distinguir mi destino.

Mi compañero parecía entristecer cuando le conté lo bello que Kun-Lai era a lo lejos. “Es curioso como todo se ve perfecto desde el cielo”, dijo Shin. “Kun-Lai es un lugar maravilloso, como dices. Pero en estos días, no todo anda bien. Una tormenta está por comenzar en esta región, pequeña.”

Shin explicó que la guerra había llegado a Kun-Lai. Me dijo que no me preocupara, que me llevaba a un lugar seguro, pero aún me cuestionaba si unirse a él había sido un error.

Recordé que yo, al igual que tío Chen y todo gran explorador, necesitaba viajar por tierras peligrosas *además de* tierras pacíficas. Todo era parte de ser un viajero. ¡Respiré profundamente y fije la vista hacia adelante, lista para *cualquier* reto que me esperaba en la Cima Kun-Lai!



Entrada Ocho: La Cima Kun-Lai

Pensaba que el Bosque de Jade era una región enorme, sin embargo se quedaba corto en comparación con la Cima Kun-Lai. Aún desde el globo aerostático, las montañas eran tan altas que tenía que doblar el cuello sólo para ver el punto en el cual las laderas cubiertas de nieve se desvanecían entre las nubes.

Nuestro destino —el Templo del Tigre Blanco— se encontraba al noroeste de Kun-Lai. Al igual que los templos en el Bosque de Jade y en la Espesura Krasarang, este lugar se encontraba dedicado a uno de los celestiales legendarios de Pandaria. Se trataba de Xuen, el Tigre Blanco. Shin, el piloto del globo, también aludía a Xuen como el espíritu de la fuerza, que parecía ser la cualidad deseable en estas montañas severas.

Cuando llegamos, los alrededores del templo estaban helados. Al terminar de descargar todos los barriles de pescado, mis zarpas se encontraban entumidas. Ni mi bandipache, Shisai, pudo escapar del frío. El hielo cubría su pelaje de cabeza a cola y tenía las vibrisas congeladas. Me hubiese dado lástima si no fuera por la actitud cascarrabias que presentaba últimamente. ¡Anoche trató de mordirme cuando lo encontré hurtando pescado de nuestros barriles!

Algo le ocurría, pero aún no sabía que...

Luego de realizar la entrega, regresamos a los cielos y nos dirigimos hacia las rocosas tierras altas al sur de Kun-Lai, donde residían la mayoría de los habitantes de la región. Además de cabañas hozen y aldeas pandaren, vi un asentamiento jinyu —llamado Presa Branquias de Tinta— a la orilla de un lago. Quería aprender mucho sobre la cultura e historia de esta raza anfibia y, más aún, deseaba saber cómo colocaban pequeños pescados dentro de burbujas y los hacían flotar por el aire.

Sin embargo, nunca tuve la oportunidad de explorar el asentamiento. De hecho, no disfruté *ninguna* de las maravillas de Kun-Lai. Con cada segundo que transcurría, Shisai se volvía más peligroso e impredecible.

“Se encuentra enojado,” explicó Shin al notar el comportamiento del bandipache. “Pero no es su culpa...” El pandaren me contó que un sha —un ser de ira pura— escapó de su prisión en lo alto de las montañas y comenzó a sembrar el terror por las estepas, provocando que la violencia estallara entre los habitantes.

Para empeorar la situación, una raza de nómadas peludos con cara de yak, conocidos como los yaungol, entraron a la región desde el oeste. Estos grandes peleones actuaban como si el área les perteneciera, destruyendo cualquier asentamiento en su camino. Shin no sabía si la llegada repentina de los yaungol tenía relación con el sha, pero la presencia de los brutos no hacía de Kun-Lai un lugar más seguro.

Aunque no podíamos hacer mucho acerca del sha o los yaungol, existía la posibilidad de ayudar a mi bandipache. Shin dijo que conocía a la persona ideal para extinguir la ira de Shisai: el Valiente Yon.

Yon vivía en una pequeña cueva en la Cumbre Kota, una montaña remota en el suroeste de Kun-Lai. Era un pandaren excéntrico, famoso por su habilidad de domar animales salvajes y entrenarlos para el combate. Por suerte, Shin era viejo amigo de Yon. Nos dio la bienvenida a su hogar y aceptó ayudar a Shisai. Inspeccionó con cuidado al bandipache cascarrabias. De vez en cuando, Yon preguntaba algo a sus mascotas, o murmuraba. Sin embargo, lo que me asustó en verdad fueron los suéteres, las botas y las bufandas que colgaban de las paredes. Era evidente que fueron tejidos para diferentes tipos de animales. ¡Cada vestidura le pertenecía a una mascota y llevaba un nombre bordado!

“Ríete si quieres,” dijo defensivamente el domador cuando notó mi mirada fija en la ropa. “Pero acá arriba es importante proteger a tus mascotas del frío. Podrían tener un tirón muscular.”

Si... Yon estaba un poco loco, pero me cayó bien. Me recordaba a los monjes expertos en la Isla Errante, quienes pasaban sus vidas enteras entrenando sus artes respectivas. Sólo que en vez de alcanzar el equilibrio interno, Yon ponía a luchar conejitos contra crocoliscos, que también estaba bien.

Al día siguiente, Yon me mostró como tratar a Shisai y “enfocar su ira”. Luego caí en la cuenta de que se refería a enseñarle al bandipache como luchar contra otros animales. Nunca esperé que mi bola de pelo pudiera utilizar tácticas de combate, pero resultó ser muy hábil.

Shisai se desempeñó bien contra las mascotas experimentadas de Yon (gracias a *mi* entrenamiento estratégico, obviamente). Además, luchar *calmó* a Shisai. Después de golpear a sus oponentes, Shisai regresó a la normalidad, aunque tenía algunas cicatrices adicionales.

La mañana siguiente partí de la Cumbre Kota con Shin y Shisai. Antes de irnos, Yon me dio una bolsa que contenía sus viejos suministros para mascotas: juguetes masticables para tranquilizar a Shisai cuando estuviera irritable, golosinas y más. El domador no pidió nada a cambio. Se ganó mi respeto con eso. Ayudó a Shisai porque amaba domar bestias salvajes. Bueno, el hecho de que él sabía que yo no tenía dinero pudo haber influido en su decisión.

Shin piloteó el globo hacia el este mientras hablábamos de dónde me dejaría. A la mitad de nuestra conversación, algo abajo llamó mi atención. Docenas y docenas de pandaren cruzaban una enorme puerta en la frontera sur de Kun-Lai.

Shin dijo que se llamaba la Puerta de los Augustos Celestiales. Quedó pasmado al ver que estaba abierta. Aparentemente, la barrera había permanecido cerrada por miles de años. Más allá de la muralla se encontraba un sitio envuelto en mitos y leyendas: el Valle de la Flor Eterna. Muy pocos habían *siquiera* puesto un pie en esas tierras.

En otras palabras, el valle era el sueño hecho realidad de una exploradora. Sabía que *tenía* que ir ahí de inmediato.



Entrada Nueve: El Valle de La Flor Eterna

El Valle de la Flor Eterna era un pequeño mundo aparte, oculto en el corazón de Pandaria. Una brisa cálida y tranquilizadora se desplazaba sobre las colinas doradas. Hojas y flores caían de los árboles, permeando el aire con un aroma dulce. Al caer, permanecían frescas y suaves durante días, en lugar de secarse y tornarse crujientes como las hojas y los pétalos ordinarios.

Muchas de las cosas que vi concordaban con las leyendas que escuché acerca del valle. Los cachorros de Pandaria crecieron aprendiendo mitos sobre este lugar. Una de las historias más conocidas hablaba de pozas mágicas en la región. ¡Incluso, algunos habitantes decían que dichas pozas podían realizar milagros! Definitivamente este valle tenía algo especial y yo no era la única que quería ver si los cuentos sobre la región eran ciertos.

Docenas de refugiados pandaren se reunieron en el valle dorado. Casi todos fueron expulsados de la Cima Kun-Lai; sus hogares destruidos por los yaungol. Los individuos desamparados trajeron consigo cuanto pudieron cargar, es decir, la ropa que tenían puesta en la mayoría de los casos. Quienes corrieron con suerte llevaban, además, uno o dos yaks, algunas reliquias familiares y suficientes alimentos para unos cuantos días.

Me uní a dos refugiados —un pandaren llamado Buwei y su hijo, Pequeño Fu— que viajaban solos. Permanecieron en silencio hasta que eché mano del viejo encanto Cerveza de Trueno y rompí el hielo. Buwei y su hijo perdieron *todo* durante un ataque yaungol en Kun'Lai... hasta a sus otros familiares. Ahora, el padre y su hijo se dirigen a la Aldea Bruma Otoñal, un asentamiento que se había convertido en refugio para muchos de los pandaren de Kun-Lai.

Como muchos de los refugiados, Buwei y Pequeño Fu creían que encontrarían paz en el valle. ¿Y quién podría culparles? Hasta hace unos días, el acceso al valle desde otras áreas de Pandaria llevaba miles de años bloqueado. Todo ese tiempo, los celestiales vigilaron el área y eligieron guardianes —el Loto Dorado— para ayudarlos a defender el valle. El pandaren que conocí dijo que era un gran honor ser escogido como miembro de esta orden sagrada, pero la situación me parecía un poco extraña. No podía imaginar que una criatura divina se apareciera un día frente a mí y me pidiera dejar a mis amigos y familiares para permanecer en un valle secreto por el resto de mi vida.

Sin embargo, entendía la razón por la cual los refugiados iban al valle. Con el Loto Dorado y los celestiales, era muy posible que ese fuera el lugar más seguro en Pandaria.

Bueno, así *fue* en algún momento.

Buwei me contó que el valle una vez fungió como el centro del imperio mogu. Recientemente, esos enormes canallas encontraron una manera de regresar al valle e intentaban recuperar su antiguo territorio. Aunque era difícil creer que los mogu hubieran reinado un lugar tan hermoso como el valle, había estatuas de ellos por todas partes.

A pesar de las noticias sobre los mogu, el humor de Buwei y Pequeño Fu mejoraba con el transcurso de los días. Deseaba poder ser la razón de su alegría, pero era gracias a Shisai, mi bandipache. La bola de pelo había superado sus problemas de temperamento una vez que partimos de Kun-Lai, pero, a modo de precaución, enseñé a los refugiados como calmarlo si se ponía de cascarrabias. Buwei y su hijo jugaron mucho con el bandipache. Su compañía debe haberlos distraído de todo lo que habían perdido, en especial a Pequeño Fu, quien solo sonreía cuando tenía a Shisai en sus brazos. Pronto, el cachorro se convirtió en un experto cuidando a la mascota.

Al llegar, me sorprendió cuán grande y alegre era la aldea Bruma Otoñal. Las antiguas calles de piedra presentaban deterioro, pero muchos de los edificios parecían ser nuevos. Buwei dijo que la aldea antes era más pequeña, sólo unas cuantas estructuras ocupadas por el Loto Dorado, sin embargo, la primera oleada de habitantes de Kun-Lai rápidamente expandió el lugar.

Los refugiados se instalaron sin perder tiempo. El sonido de pandaren platicando, riendo y cantando llegaba a todas las esquinas de la aldea. Buena parte de las carretas que habían traído fueron desensambladas y convertidas en mesas improvisadas y puestos de mercado. El material sobrante fue empleado como leña para calentar ollas hirvientes de pescado al curry verde, o brochetas asadas de pollo maní. De vez en cuando veía duendecillos —como los de la Isla Errante— mirándonos desde los tejados. Estos traviesos pequeñines observaban a los refugiados antes de desaparecer.

Fue estupendo visitar Bruma Otoñal, pero todavía quería explorar el resto del valle. Partí temprano la mañana siguiente. Buwei todavía dormía, al igual que Pequeño Fu. El cachorro tenía abrazado a Shisai y sonreía. Planeaba llevarme al bandipache, pero después de ver la felicidad que le brindaba al hijo de Buwei; ¿cómo podría? Después de todo lo que había sufrido Pequeño Fu, se merecía a Shisai. Además, ya estaba cansada de encontrar pelo de bandipache en mi ropa, comida y té todos los días. Al menos... de eso quise convencerme para contener las ganas de lloriquear como bebé mientras escribía una carta de despedida al padre y al hijo. Luego, partí de la aldea.

Justo después del amanecer, alguien —o *algo*— comenzó a seguirme por el valle. Lo sentí en mis entrañas, pero lo que alertó en realidad fue el hedor que permeaba el aire como incienso. Me recordó a Ryshan y a los otros pescadores en la Espesura Krasarang: una mezcla de pelaje sudado y trozos de pescado. Seguí mi olfato y encontré lo que me acechaba, oculto detrás de una gran roca. En primera instancia pensé que era la abuela Mei,

pero luego de examinarlo más de cerca caí en cuenta que esta cosa no era tan peluda como ella, por un margen amplio.

Era un grúmél, expertos trepadores de montañas y rastreadores con un olfato increíble. Había visto a estas extrañas criaturas en Kun-Lai, pero nunca así de cerca. Sus viajes constantes a través de agreste terreno montañoso los hizo supersticiosos y acostumbraban llevar talismanes (como patas de conejo o monedas) llamados grisgrís. Los grúmél tomaban sus nombres de su grisgrís favorito, que en el caso de mi nuevo amigo explicaba el hedor...

—¡Mensajero Cola de pescado a tu disposición! —Dijo el grúmél. —Chen Stormstout me envió a buscarte, pero fue muy difícil. Te seguí durante varios días para asegurarme de que *tú* eras *tú*. Hedor insuficiente, necesitas un mejor grisgrís.

—O, me podías haber preguntado quien era. —Respondí.

—Un grúmél siempre confía en su nariz por sobre todas las cosas.

Me dio un mensaje escrito por el tío Chen. Entre las manchas de cerveza y los trozos de tofu picante salpicados por el pergamino, supe que finalmente movió su trasero y dejó la cervecería. Además, conoció a *más* Cerveza de Trueno en el Jardín de la Cebada Crepuscular, una especie de asentamiento en una región llamada el Desierto del Pavor. Me dijo que lo encontrara en una de las torres de guardia en el Espinazo del Dragón, la gran muralla que se extendía por la zona oeste de Pandaria.

Y Li Li, escribió tío Chen al final de la carta, no importa qué ocurra; ¡No viajes al otro lado de la muralla! Es extremadamente peligroso. Cuando llegues a la torre de guardia, quédate ahí.

Me puso nerviosa el hecho de que no mencionó mi partida —sin permiso— de la cervecería. Si tío Chen estaba dispuesto a ignorar tal situación, significaba que algo grande ocurría en el Desierto del Pavor. Por más que lamentaba dejar el valle, sabía que tío Chen me necesitaba. Y, vaya, *realmente* quería caminar sobre la muralla.

—¡Ven, ven! —El Mensajero Cola de pescado apuntó al oeste, donde el Espinazo del Dragón recorría el borde del valle. —Te llevaré a la muralla, pero debemos darnos prisa. Soplan los vientos del este, ¡buena suerte y un viaje a salvo!

Aún a esta distancia, el Espinazo del Dragón se apreciaba *enorme*. Vi por primera vez la muralla en el Valle de los Cuatro Vientos. Desde ese entonces, tenía la esperanza de mirar todo Pandaria desde la cima.

Pues, ese día había llegado.



Entrada Diez: Las Estepas de Tong Long

Alguna vez escuché una leyenda que decía que el Espinazo del Dragón fue construido con billones de piedras.

Sí, *billones*.

En aquel entonces pensé que eran puros cuentos. Sin embargo, cuando al fin me encontré sobre la gran muralla y vi lo grande que era, comencé a creer la historia. El Espinazo del Dragón se extendía hacia el sur como una gigantesca serpiente enroscada, tan lejos que no podía ver donde terminaba. La parte superior era tan amplia que sería posible conducir varias carretas en paralelo y aún sobraría espacio para que un pandaren gordo como el tío Chen caminase entre ellas. Algunas secciones de la barrera habían sido reconstruidas recientemente con piedra lisa y cortada con precisión. Otras secciones eran ásperas y rugosas, habían sido erosionadas por los elementos y presentaban cicatrices de batallas pasadas.

Estar en el Espinazo del Dragón era un sueño hecho realidad, especialmente después del tiempo que me tomó llegar ahí. Según las instrucciones detalladas del tío Chen, el mensajero grúmel Cola de pescado me había guiado a una de las torres de guardia en el interior de Kun-Lai. Una vez que llegamos a la muralla, entendí por qué utilizamos una ruta tan indirecta.

Tío Chen dispuso que una escolta me encontrara allí... ¡Un miembro del Shado-pan!

Se llamaba Min. Durante generaciones, su orden misteriosa vigiló el Espinazo del Dragón, defendiendo Pandaria de malvados como los mántides. Vestía como la mayoría de los Shado-pan que había visto: armadura ligera, con un sombrero cuya ala cubría sus ojos y una bufanda en torno a su rostro. No era muy locuaz, pero las cosas que decidió compartir eran muy interesantes. Min dijo que cada piedra en la muralla tenía su propia historia: cuentos donde los guardianes Shado-pan rechazaban al enemigo, en ocasiones sacrificando sus propias vidas para cumplir su deber sagrado.

Comenzó a llover mientras nos dirigíamos hacia el sur. En vez de acumularse en grandes charcos, el agua se desplazaba a través de surcos en la mampostería y caía cual cascada por los costados de la muralla. Mientras admiraba la arquitectura del lugar, noté el comportamiento extraño de Min. Parecía mantener la vista fija hacia el oeste, como si fuera parte de su naturaleza. Las tierras en esa dirección eran conocidas como las Estepas de Tong Long, un lugar abierto, de colinas herbosas y formaciones rocosas. En ciertos lugares, árboles gigantes (llamados kypari) se extendían hacia el cielo. Algunos parecían ser tan altos como el Espinazo del Dragón.

Tong Long era una tierra dura poblada de gente que compartía tal característica: los yaungol. Min me dijo que en años recientes era posible ver grupos enormes de los peludos nómadas desde la muralla. Ahora, el área parecía estar desierta. Los buitres rondaban por el aire, volando sobre los escombros ardientes de los campamentos yaungol.

La guerra llegó a Tong Long y luego se fue. Todo comenzó cuando los mántides invadieron la región, provocando que los yaungol huyeran a Kun-Lai y comenzaran a destruir las aldeas pandaren. Además, el Sha influyó a los brutos, tornándolos más violentos que de costumbre. Eventualmente, los pandaren y sus aliados vencieron a los yaungol.

—No odio a los yaungol. —Dijo Min. —Los Shado-pan sólo hacen lo necesario para proteger Pandaria. Las emociones no influyen en nuestras acciones. Entrenamos para controlar nuestros sentimientos. No te preocupes, pequeña. Esos nómadas son sobrevivientes, su cultura perdurará. Más que nada, espero que aprendan algo de estos eventos.

Min no habló durante el resto del viaje, lo que no me molestó en absoluto. Tenía mucho que pensar. Deseaba que los yaungol pagaran por sus actos terribles en Kun-Lai, pero luego de ver lo acaecido en Tong Long, no sabía como sentirme. ¿Feliz o triste?

Cuando llegamos a la torre de guardia donde supuestamente tío Chen se reuniría con nosotros, la lluvia se detuvo y las nubes se abrieron. El buen clima me animó... hasta que noté que mi tío se encontraba ausente. Los guardias Shado-pan que defendían la torre tampoco estaban allí.

Fuimos atacados por los mántides antes de que pudiera preguntarle a Min dónde estaban todos.

Los insectos se encontraban a la espera, adheridos a la cara exterior del Espinazo del Dragón. Docenas de mántides saltaron repentinamente por encima del borde y nos rodearon. Se agruparon al norte, al sur y al este, obstruyendo nuestras rutas de escape y forzándonos a mí y a Min a retroceder hacia la vera del muro que daba a Tong Long. Luché contra los mántides en el Valle de los Cuatro Vientos, pero eso no significaba que verlos de nuevo fuera más sencillo. Sus antenas extrañas, mandíbulas y alas tan finas como pergaminos me ponían la piel de gallina.

Min hendió a algunos de los insectos con su lanza. Lanzaba estocadas, bloqueaba y esquivaba como si supiera qué iban a hacer los mántides antes de que lo hicieran. Di un salto al frente para ayudar en la lucha, pero Min me detuvo.

—Tenemos alijos de suministros ocultos cerca de las torres de guardia. —Dijo con toda tranquilidad mientras hacía girar su lanza y derribaba a un grupo de mántides que se aproximaban a su flanco. —Busca una piedra que tenga grabada la imagen de un tigre gruñendo: el emblema Shado-pan. Muévelo a un lado y toma la cuerda que se encuentra adentro.

Hallé uno de esos bloques cerca de sus pies y usé mi bastón para abrirlo. Bajo la piedra había una amplia cámara llena de bolsas con comida y una cuerda gruesa. Mientras Min mantenía a los mántides a raya, me ordenó amarrar la soga alrededor de su cintura y lanzar el otro extremo por el borde de la muralla.

Después, me ordenó descender.

El temor comenzó a roerme las entrañas. Bajar del Espinazo del Dragón era una cosa, pero hacerlo mientras mi áncora luchaba contra un pequeño ejército de mántides era otra. ¿Qué encontraría al llegar al suelo? Recordé el críptico mensaje del tío Chen: *“Y Li Li, no importa qué ocurra; ¡No viajes al otro lado de la muralla! Es extremadamente peligroso”*.

Además eso, abandonar a Min me parecía incorrecto. ¿Pero que más iba a hacer? Él era un Shado-pan y un monje de alto rango. Min sabía lo que hacía y, si quería ganarme su respeto, tenía que seguir su liderazgo.

Descendí, pues. Durante el trayecto podía escuchar el choque de la lanza de Min contra espadas y armaduras mántide. Albergaba la esperanza de que Min se asomara por el borde de la muralla y me dijera que la batalla había terminado. No lo hizo.

Conforme me aproximaba al suelo, la cuerda perdió tensión de súbito. Alguien la cortó. Caí y aterricé en un arbusto espinoso que crecía a la par del Espinazo del Dragón. Permanecí inmóvil, temiendo lo peor. Respiré con alivio cuando Min finalmente se asomó y comenzó a gritar.

La distancia hizo casi imposible escuchar lo que intentaba decir. Parecía haber acabado con los mántides, pero el último había cortado la soga. Min seguía señalando al sur y agitando

los brazos mientras trataba de explicarme algo más. Él era un gran monje (de los mejores que había visto), pero no podía comunicarse con gestos aunque su vida dependiera de ello. Lo único que me quedaba claro era que permanecer en este lugar era mala idea. Sin la cuerda no había manera de escalar la muralla. Si los mántides atacaron allí, era probable que más de los insectos estuvieran merodeando, listos para lanzar otra emboscada.

Tong Long tenía una apariencia mucho más peligrosa desde mi perspectiva y la hierba se sentía extrañamente fría. El cielo claro desapareció tras una capa de nubes oscuras, al son de fuertes truenos. Todas las colinas y rocas gigantes en el área eran escondites perfectos para bestias que pudieran tener ganas de devorarme.

Sin embargo, tío Chen era mi mayor preocupación. ¿Dónde estaba? No pudo habersele olvidado. Por mi mente cruzó la idea de que los mántides le habían hecho algo, pero sabía que él era demasiado fuerte para los insectos. Él los habría triturado con una zarpa amarrada a la espalda (o, más probable, sosteniendo una cerveza).

Decidí dirigirme al Desierto del Pavor hacia el sur y tratar de encontrar el Jardín de la Cebada Crepuscular por mi cuenta. Suponía que la gente de ahí sabría lo que le ocurrió al tío Chen, o a dónde había ido.

Era poco probable, pero, en mi situación, era la única opción que quedaba.



Entrada Once: El Desierto del Pavor

La primera vez que me sentí asustada —*realmente* aterrorizada— fue en la Isla Errante. Era yo una pequeña cachorra y había ido a la Gran Biblioteca a leer el *Libro de la Tortuga*. Al cabo de unas cuantas páginas, derramé un frasco de tinta en el pergamino. Traté de limpiar las manchas, pero eso sólo empeoró las cosas. Sintiendo pánico, coloqué el libro en un polvoriento rincón de la biblioteca, con la esperanza de que fuera un secreto por siempre.

Durante los tres días siguientes, viví aterrorizada, segura de que me descubrirían. Apenas y podía comer o dormir. Casi ni salía de mi cuarto. El miedo me dominaba como uno de los duendes malignos del bosque en las historias de horror que narraba la Abuela Mei. En el ocaso del tercer día, los cuidadores de la biblioteca cayeron en la cuenta de lo que hice (por suerte, el libro era sólo una copia). Como castigo, mi papá me obligó a escribir la letra de “La Canción de Liu Lang” varios miles de veces, pero eso no me molestó tanto. La peor parte fueron esos tres horribles días.

Nunca sentí tanto miedo como en aquella ocasión... hasta que llegué al Desierto del Pavor, la tierra natal de los mántides. Entré a la región por un área demasiado alejada del Espinazo del Dragón. Una enorme quebrada separaba las Estepas de Tong Long del Desierto del Pavor. Me dirigí hacia el oeste por un desfiladero hasta que encontré un puente natural, un enorme árbol hueco que me permitió cruzar.

El Sha del Miedo había transformado el desierto en un extraño reflejo de Tong Long. El terreno era igual —colinas cubiertas de hierba, rocas, e imponentes árboles kypari— pero todo parecía extraño y no natural. En lo alto, un grupo de nubes oscuras se retorcían en un enojado remolino y el cielo en torno a éstas brillaba con luz fantasmal. Manchas blancas y oscura energía sha burbujaban por todo el suelo. Me recordaron las manchas de tinta en el *Libro de la Tortuga*. De hecho, cada vez que respiraba o daba un paso, escalofríos surcaban mi espalda; sentí como si estuviera reviviendo aquellos tres días de terror.

Quería huir y lo habría hecho si tío Chen no estuviese en mis pensamientos. *Tenía* que encontrar el Jardín de la Cebada Crepuscular.

Mientras más me concentraba en el objetivo, más me calmaba. Repetía el nombre mentalmente mientras me acercaba a la base de un árbol kypari (el cual luego descubrí que se llamaba Kor'vess). Las raíces expuestas eran de tamaño tal que se curvaban por encima de mí cual arcos masivos. Trozos de ámbar reluciente se desprendían de las ramas, flotando a través del aire como luciérnagas perezosas. Aquí y allá veía umbrales abovedados y ventanas con forma de panal en el tronco del árbol kypari. La apariencia insectil de la arquitectura me hizo caer en la cuenta de que fueron los mántides quienes dichas estructuras. ¡Estos insectos vivían dentro de los árboles!

Por suerte, no vi mántides en el área, al menos ninguno con vida. Encontré cadáveres de insectos por todos lados, como si se hubiera librado una batalla. Sin embargo, opté por la

ruta segura y no me alejé de las sombras formadas por las raíces de los árboles kypari. Buscaba pistas que me condujeran al jardín.

Mi suerte regresó cuando encontré los restos de una barrica de madera, la cual definitivamente era de origen pandaren. Había gotas de ámbar radiante en torno a los escombros. Ahí me di cuenta de algo: ¿acaso los pandaren que vivían en el Desierto del Pavor buscaban savia de los árboles kypari? Tenía sentido. Los mántides utilizaban el ámbar para todo tipo de cosas, desde la creación de herramientas hasta la construcción de sus hogares. Incluso había escuchado que esa materia pegajosa poseía propiedades curativas. Es decir, constituiría el ingrediente perfecto para un lote de cerveza excepcional.

Me tomó casi una hora entera encontrar el jardín enclavado en otro árbol kypari, no muy lejos de Kor'vess. Pandaren con armadura ligera iban y venían alrededor del resistente asentamiento. Surgían espirales de vapor de los hirvientes calderos, repletos de cebada y lúpulo. Savia escurría del árbol hasta caer dentro de los barriles que esperaban abajo. El lugar tenía una atmósfera acogedora pese a que aún se apreciaba algo tosco.

Al cabo de unos pasos en el jardín, escuché una voz conocida.

—La última vez que los Shado-pan la vieron, iba hacia el Desierto del Pavor. —Dijo tío Chen. Estaba cerca de la retaguardia del asentamiento, de pie junto a tres otros pandaren.

—¿Entonces qué estamos esperando? —Contestó alguien, una señora mayor que llevaba el cabello recogido en dos rodetes. Pateó a un pandaren gordo que dormitaba en el suelo.

—¡Despierta, Gran Dan! ¡No podemos darnos el lujo de perder a otro miembro de la familia!

—¿Me buscan? —Interrumpí.

Todos se volvieron al mismo tiempo. La sorpresa en el rostro del tío Chen no tenía precio.

—¡Li Li! —Chen me alzó y me dio un gran abrazo. De súbito, todos mis miedos desaparecieron. Comencé a disculparme por haberme ido de la cervecería sin pedir permiso, pero tío Chen me interrumpió.

—¿Cómo podría enojarme contigo porque saliste a explorar? —Dijo tío Chen. —Eso mismo he hecho mi vida entera. Sólo estoy agradecido de que te encuentras a salvo.

Tío Chen explicó por qué no se reunió conmigo en el Espinazo del Dragón. Los mántides atacaron algunos puntos de la gran muralla, obstruyendo su camino. Una vez que los insectos fueron derrotados, se topó con Min, el monje Shado-pan, quien le contó lo acaecido. Mi tío acababa de regresar al Jardín de la Cebada y estaba organizando un equipo de búsqueda.

¡Un equipo de búsqueda repleto de *Cervezas de Trueno*! Sus nombres eran Han, Mamá, y Gran Dan.

—¿Cruzaste Tong Long y el Desierto del Pavor tú sola? —Me preguntó.

—¡Claro que lo logró! —Mamá me pellizcó el cachete. —Es familiar nuestra, ¿no?

Gran Dan bufó, se sentó y frotó sus ojos. Me parece que tanto ajeteo era algo inusual para Dan. —Ella... es idéntica a Evie. —Dijo en voz baja, mirándome fijamente.

Mamá, tío Chen y Han asintieron e inclinaron sus cabezas. Cuando pregunté quién era Evie, me llevaron fuera del jardín, hacia la quebrada en el linde del Desierto del Pavor. Cerca del borde del abismo, alguien colocó una piedra en memoria de Evie.

Evie Cerveza de Trueno.

Evie murió mientras cazaba en el Desierto del Pavor, asesinada por el sha, los mántides (o ambos). Tío Chen la encontró. No la conocía, pero la extrañaba. Si Gran Dan decía que me parecía a Evie, ¿significaba que teníamos la misma personalidad? ¿Podríamos haber sido buenas amigas o hasta hermanas?

El sha y los mántides truncaron toda oportunidad de obtener la respuesta a esas preguntas. Estaba enojada, no sólo a causa de lo que le ocurrió a Evie, sino debido a todo lo que había visto durante mis viajes por Pandaria. De un modo u otro, el sha había causado problemas en todo el continente. ¿Cuántos inocentes más habrían de morir como mi prima?

—Te llevaré de vuelta al Valle de los Cuatro Vientos. —Dijo tío Chen. —Lo mejor sería que permanecieras ahí hasta que pase el peligro que representan el sha y los mántides.

Explorar páramos en estas condiciones conlleva un enorme riesgo.

—No. —Contesté. La exploración era lo *último* que tenía en mente. —Hay un tiempo para explorar y hay un tiempo para mantenerte firme y luchar. Me escribiste eso una de tus cartas. Sólo sigo tu consejo, quiero quedarme y ayudar.

Temí que el tío Chen se negara y me enviara de vuelta al valle de todos modos, pero, momentos después, una sonrisa se formó en las comisuras de su rechoncho rostro y dijo. —Hmph, palabras de una verdadera errante.

Así, nos encaminamos de regreso al jardín. Había mucho que planear. Tal vez no lucharía contra el sha y los mántides en el frente de batalla, pero haría todo lo posible para ayudar, aunque tuviera que cocinar o cortar vendajes. Me aseguraría de que la muerte de Evie no fuera en vano... que Buwei y Pequeño Fu pudieran regresar a su hogar para comenzar una nueva vida... y que los demás que conocí durante mis viajes vivieran libres de la influencia del sha.

Me aseguraría de que aún hubiera Pandaria que explorar cuando todo terminase.

—Li Li Cerveza de Trueno